

ANA  
MOGLIA  
DESPUÉS  
DE LA  
TORMENTA



emecé

Ana Moglia

# Después de la tormenta

*Hospital de San Justo, Santa Fe,  
madrugada del 16 de enero de 1973*

*Estoy cansada y me duele demasiado el cuerpo. Mis ropas están rasgadas. ¿Qué fuerza brutal me hizo esto? Estoy tan sucia... entierro mis pies descalzos en el barro y la lluvia no cesa. Quiero descansar; no puedo luchar más contra esa bestia. ¡El viento es tan fuerte! Parece endemoniado. El cielo se cae. Todo se cae. El monstruo oscuro arrasa y nos quita la paz...*

*Mamá... papá... déjenme ir. No estén tristes; necesito descansar. ¡Les agradezco tanto! Hicieron mucho por mí, pero ya nadie tiene fuerzas contra esta águila arpía que nos sorprendió de repente. Yo no quería esto, no vine para vivir esto...*

*¡Aguarden! Ahora siento nostalgia de un perfume exquisito que me envuelve y no me deja ir. Es un aroma de mi infancia, es el aroma de mi casa... es el aroma de ustedes dos cuando me llevaban de la mano hasta... ¡Ah!, estoy exhausta y ya casi no puedo recordar pero ese aroma... ¿Adónde me lleva ese camino que recorríamos los tres, tomados de la mano? No puedo pensar, me duele el cuerpo. ¡Otra vez me invade! ¡Es el aroma de la yerba! Mamá, papá... ¡Eso es, caminamos hacia los cultivos de yerba! Pero yo quiero curar, yo vine a curar a las personas. No entiendo.*

*Estoy cansada y me duele demasiado el cuerpo, pero algo me retiene: siento una mano tibia sobre la mía; me sujeta, no me deja partir. Intento ver algún rostro; no puedo. Lucho para liberarme de ella porque necesito descansar. Me doy cuenta de que esa tibieza sobrevino al aroma de la yerba mate. ¡Se siente tan bien! ¡Me reconforta tanto! Me da calor en medio de la nada y me incita a despertar, más allá de mi cansancio. De pronto entiendo que no me puedo ir, que debo luchar... porque está en mi sangre seguir adelante.*



*Apóstoles, Territorio Nacional de Misiones  
Establecimiento Los Lapachos,  
anochecer del 14 de junio de 1947*

Estaba fresco pero no tanto para impedir que Amparo y Rafael se sentaran en la galería de la casona, al menos unos minutos, a contemplar la hora nocturna. Mirar ese cielo, que para ellos era único en el planeta, era el bálsamo perfecto para paliar los contratiempos cotidianos.

Las estrellas, en las noches nítidas, parecían explotar en racimos y caer en picada sobre los cultivos de la yerba, que custodiaban la casa desde el horizonte y mantenían intacto el recuerdo de lo que Los Lapachos significaba en la memoria y en el corazón de Amparo Vennik y de Rafael Acuña.

Era junio y había arrancado la cosecha, y con ella la temporada más importante en el ciclo de la yerba por el volumen y la calidad de la materia prima. Rafael ya había recorrido en los días previos los yerbales con la intención de confirmar lo que ya presumía: las hojas habían alcanzado el color verde oscuro característico y su textura quebradiza indicaba que era el momento justo de la cosecha. Se comenzaba a ver el ir y venir de los tareferos<sup>1</sup> que aparecían muy temprano, aún en la madru-

1 Término utilizado para designar a una persona que cosecha artesanalmente la yerba mate.

gada, rumbo hacia los verbales con sus delantales, los guantes, las tijeras y los típicos serruchos curvos. Todo era manual en la cosecha, como en época de Pedro Vennik; sin embargo, esto no hacía más que reforzar el valor del trabajo y el esfuerzo y hacer que se añorase con el alma la hora del disfrute como lo vivían en ese momento Amparo, la primogénita de Pedro, y Rafael, el único hijo de Benicio Acuña, ahora esposo de esa hermosa mujer de la que había quedado prendado de niño cuando la había escuchado cantar en algunas de las aventuras que emprendían con los adultos.

Desde el secadero<sup>2</sup>, el aroma característico a mate cocido, tan familiar, intenso y agradable para los habitantes de Los Lapachos comenzaría, en breve, a impregnar el ambiente cuando ingresaran las hojas de la yerba mate recién cosechadas y se iniciaran los procesos industriales.

—¿En qué piensas, Rafael? —preguntó Amparo cuando notó que su esposo contemplaba absorto el horizonte y con el brillo que tenía su mirada azul cuando algo escondía en su corazón.

—Cada vez que miro hacia los cultivos no puedo evitar pensar en tu padre y en el mío, Amparo. Pienso en la tenacidad de Pedro para construir esto que hoy tenemos y que es nuestro refugio, nuestro paraíso, nuestra vida... Pienso en la amistad que los unió y si alguien más en el mundo habrá sido bendecido con una semejante como la que tuvieron ellos, tan leal y sincera. Sabes bien que consideré a Pedro como un padre, él ayudó a mi madre a traerme a este mundo, aunque...

Amparo percibió en él un dejo de tristeza al recordar a su madre, la hermosa Panambi, quien no había podido soportar

2 Instalación para secar la hoja de yerba mate.

el alumbramiento. Por más que Pedro, que aquel día andaba de visita por los pagos de Benicio, hacia el este de Apóstoles, había hecho todo lo posible por salvarla; la guaraní no había resistido, dejando en la más absoluta desolación a su amado Benicio y a su hijo recién nacido Kuarahy, o Rafael, como también lo había bautizado Pedro a pedido de su amigo.

Rafael sonrió por un instante. Amparo lo miró y, como si estuviera sacando conclusiones, dijo:

–¡Tú eres, para mí, el descendiente de guaraní más bello que he conocido! ¡Mi guaraní de ojos azules!

–Estos ojos no son guaraníes, Amparo; los heredé de mi abuela polaca –aclaró Rafael señalando con el dedo índice a un lado y a otro de sus ojos.

–Ya lo sé. Sea lo que sea, tu tez cobriza, la oscuridad de tu cabello y el color de tus ojos son para mí una combinación letal –aseguró Amparo, buscando cobijo en los fuertes brazos de Kuarahy. Le costaba un poco encontrar una posición cómoda, ya que aguardaba dar a luz de un momento a otro.

–¡Si nos vieran ahora tu padre y el mío, Amparo!

–Pedro y Benicio nos ven todo el tiempo, Rafael; siento que son nuestros ángeles guardianes, los de todos nosotros aquí, en Los Lapachos.

Rafael suspiró y con honda pena agregó:

–Creo, a veces, que se fueron muy pronto, mi Amparo... demasiado pronto.

–Se fueron en su ley, Kuarahy; se fueron trabajando para traer el progreso a estas tierras –dijo ella haciendo alusión al motivo que había llevado a los dos amigos, años atrás, hacia una localidad vecina para tratar la formación de cooperativas con los modelos e ideas que habían traído los alemanes

a Colonia Liebig, en Corrientes. De regreso a Apóstoles, un accidente se había cobrado la vida de ambos causando desolación en la familia Vennik, en Rafael Acuña y en las familias de todos los empleados del establecimiento Los Lapachos que con tanto amor y trabajo habían dado vida a los yerbales.

–Dejaron formadas las cooperativas con la ayuda de la gente de Colonia Liebig. ¡Era uno de los sueños de mi padre! –recordó Amparo. Bajó la cabeza y Rafael, de inmediato, se percató de que su voz se había quebrado, pero ella continuó–: No olvidaré jamás el instante en el que me avisaron que habían sufrido un accidente y que... ya no había más por hacer. Yo estaba en Buenos Aires por iniciar una gira en ese momento y no entendía nada. ¡Nada!

–Yo también extraño a mi padre, Amparo. Me dejó muy pronto. Él era todo para mí; me crío solo.

–Fue un golpe duro para todos, Kuarahy, y mi pobre abuela Janica, apenas si les sobrevivió unos meses. Creo que quiso ir pronto a encontrarse con su amado, mi abuelo Teodoro, y con su hijo.

–Así es, mi Amparo; aquella noche estábamos aquí mismo con tu madre recibiendo la noticia de boca del comisario Druke cuando tu abuela Janica se asomó desde de la casa, fuerte como un roble. Pedro cumplió su sueño y el de su padre, Teodoro. Todo ese amor que le dedicó a la yerba mate durante su vida quedó sellado en cada uno de nosotros. Y mi padre, Benicio, vivió feliz en este lugar, con todos ustedes; siempre los sintió su familia. Pedro, tu madre Ela, la abuela Janica... todos le brindaron cobijo en Los Lapachos cuando se quedó solo conmigo, apenas nacido.

Ellos dos resolvían cualquier embate juntos, icualquier dificultad! Y durante los atardeceres, cuando llegaba la hora del



mate, después de la agobiante jornada se sentaban aquí mismo a esperar la brisa fresca. Compartían unos mates con cedrón y flores de lavanda para «armonizar el espíritu», según creían ellos.

—¡Tú mismo les construiste estos sillones! —dijo Amparo, tocando la fuerte madera.

—Sí, le construí uno a mi padre pero, luego, cuando Pedro lo vio, ¡quiso uno también! —recordó con una sonrisa Rafael—. Creo que lo que tu padre quería era mantenerme ocupado así yo no te extrañaba tanto, mi guaina, entonces me encargaba cosas. Tú andabas por los grandes escenarios del mundo, cantando como los dioses, triunfando con tu don y yo... desgarrándome de dolor, culpándome por no haber hablado antes, por darme cuenta tarde de que te amaba con locura... Luego, cuando volviste, pensé que por mi culpa habías dejado lo que más amabas y para lo que te habías preparado toda la vida con la complicidad de Pedro, que siempre te dejó cumplir tus sueños, aun sabiendo que tu lugar, tarde o temprano, estaba aquí, en Los Lapachos, en medio de los cultivos de yerba mate.

—¡Shhhhh! —ordenó Amparo, cubriendo con su dedo los labios de Rafael—. ¿De qué te culpas? ¿Aún no entendiste que lo que realmente yo amaba no eran los escenarios, las óperas, París, Milán... sino a ti? Mi amigo niño, mi paciente jovencito que creció conmigo y me esperó en silencio hasta que un día se apareció en el Teatro Colón para decirme que me amaba —recordó con emoción—. Llegaban muchos ramos de flores en medio de los «bravo» y de los aplausos —continuó—, pero uno me impactó —confesó Amparo, con sus ojos iluminados—; era de rosas rojas y cuando leí la tarjeta... ¡Ah, Kuarahy, cuando leí la tarjeta! Algo me decía que estabas allí, en medio de la multitud. «Tienes una voz que traspasa este

lugar»... Solo una persona me lo había dicho una vez: tú, Rafael, cuando fuimos al valle del este con Pedro y Benicio, ¿recuerdas? Éramos ya adolescentes y me escuchaste cantar; me miraste y tu expresión fue de éxtasis, de sorpresa, y en ese momento yo debí darme cuenta de que te amaba desde toda la vida, pero no lo supe hasta aquella noche en el Colón, después de muchos años.

—¡Y pensar que casi te casas con Ignacio! —dijo Kuarahy, un poco en broma, un poco en serio, refiriéndose a Ignacio Andorreguy, el hijo de Imanol y Maiora, los amigos de los Vennik que vivían en Buenos Aires—. ¡Por mi diosito Tupá que no iba a permitir que te quedaras con él!

La expresión de niño aguerrido enterneció a Amparo.

—¡Rafael! Me causas mucha gracia.

—¿Gracia?! No le encuentro gracia alguna, Amparo. Si no aparezco en Buenos Aires para buscarte, tú te casabas con él.

—Ay, mi guaraní... si tú no aparecías en el Teatro Colón aquella noche como lo hiciste, venía yo a buscarte. La madre de Ignacio, mi querida Maiora, me había regalado un pequeño dije; una esmeralda que yo lucía con un vestido muy bello hecho para la ocasión. Comenzaron los acordes de *Rigoletto* y durante la interpretación, recuerdo que llevaba una de mis manos a mi cuello a cada momento y apretaba ese dije que solo yo asociaba con el color de la yerba y sentía que me asfixiaba. El verde de esa piedra me transportó en un segundo, en medio de las luces y de los brillos del Colón, hasta aquí, hasta mi amada tierra colorada, a mis yerbales... En ese instante, mi padre Pedro, mi madre Ela, mi abuela Janica pasaban por mi mente como si fueran destellos de vida y de enseñanza y, por un momento, me vi contigo cuando éramos niños y jugábamos y disfrutábamos

de las aventuras que nuestros padres planeaban para entretenernos. Supe, en medio del teatro repleto, que te amaba; sí, tuve la certeza de lo irreversible. Cuando todo terminó y leí la tarjeta que traía ese enorme ramo de flores, intuí que tú estabas allí. Sí, mi amor, yo sentí que tú estabas entre la gente, esperándome.

—Quizá hubieras tenido otra vida, no lo sé; hubieras continuado girando por el mundo con tu canto y con Ignacio, que no dejó lugar exclusivo sin llevarte.

—Estás celoso —afirmó Amparo mirando de reojo a Rafael.

—No.

—No te creo, mi guaraní; parece un niño —dijo Amparo y los dos se rieron del comentario. Luego, acariciando el cabello oscuro de Rafael, agregó—: Yo deseo que Ignacio sea feliz, Rafael; contrajo matrimonio en París. ¡Se casó con una francesa! Él y su familia fueron muy buenos conmigo; a mi padre le dio mucha tranquilidad saber que yo me hospedaría en la casa de los Andorreguy cuando llegué a Buenos Aires para estudiar en el Colón. Ellos me llevaban a todos lados y me acompañaban. Maiora suplió, como pudo, el lugar de mi madre que estaba tan lejos.

—Sí, lo sé. Pedro era muy amigo de don Imanol. Compartían largas charlas cuando tenían la oportunidad de verse. La distancia entre ellos no era un obstáculo; don Imanol siempre le escribía cartas a tu padre contándole sobre la situación en la «gran ciudad» y él, a la vez, compartía las noticias con todos nosotros. Y hablando de los Andorreguy, ya están de camino; salieron de la estación Lacroze hoy a la siesta, sobre las tres de la tarde, creo. Vienen en el Nordeste Argentino y, según me informó Imanol, el tren llega mañana a Posadas, bien entrada la noche. Los iré a buscar.

—¿Puedo ir contigo? ¡Muero de ganas de ver a Maiora! ¡Estoy feliz por mi madre; le hará muy bien estar con ella!

—No, Amparo, será muy tarde para ti, el frío a esa hora se siente y, además, ya te lo he dicho: no quiero que corras ningún riesgo a esta altura del embarazo.

—Está bien —respondió ella con resignación pero entendiendo, al mismo tiempo, que Rafael la cuidaba como a un tesoro y con alegría expresó—: Será emocionante para todos reencontrarnos; la última vez que nos vimos fue cuando murieron nuestros padres, hace ya dos años.

—Es un viaje largo desde Buenos Aires y muy cansador; ya son personas grandes, Amparo, llegarán agotados. Pero tu madre tiene todo listo, como siempre.

—Sí, ya ha comenzado a preparar los *varenikes* para agasajarlos; eran el plato ucraniano preferido de mi padre. Mi abuela Janica le enseñó la receta. Esta mañana vi sobre la mesa un montón de papas, cebollas, paquetes de harina...

—También me dijo que les preparará la *chipa guasú*, para que mi sangre guaraní esté presente en la reunión familiar — dijo Rafael, jactándose de su ascendencia—. Hoy le traje maíz de la proveeduría.

—Quizá por eso esta noche se fue a descansar más temprano de lo habitual; mañana tendrá un día muy intenso en la cocina. ¡Qué felicidad, Kuarahy! La visita de los Andorreguy nos hará bien a todos.

—De todas maneras, yo estoy más tranquilo sabiendo que Ignacio se quedó a vivir en Europa *definitivamente* —enfaticó Rafael, sin poder ocultar su mirada pícara ante los ojos de Amparo, que reía por el comentario.

—Ignacio podría vivir aquí, en Apóstoles, en mi propia casa, Kuarahy, ¡y jamás sería un obstáculo entre nosotros!

–Lo sé, amor mío, yo lo sé; y también sé que amas este lugar porque corre por tus venas la savia de la yerba mate. Tarde o temprano, lo entenderías.

–De lo único que me di cuenta es de que, sin ti, mi vida no hubiera tenido sentido y, aunque mi corazón esté partido por la ausencia de mi padre que tanto veló para que yo cumpliera mi sueño alguna vez, soy feliz porque sé que él guía nuestros pasos desde el cielo y los de todos los que amamos esta bendita tierra. Él y su querido Benicio, su amigo del alma, su hermano del corazón, tu papá, mi segundo padre...

–Te admiro, mi Amparo... yo, en cambio, a veces reniego de esa partida tan temprana que tuvieron los dos y me resisto a creer que desde allá arriba puedan guiarnos como aseguras, porque yo los quisiera a ambos aquí pisando, como tú dices, esta «bendita tierra colorada».

Amparo cobijó a Rafael con sus brazos; entendía su pesar. A ella aún le quedaba su madre, Ela, tan entera y tan fuerte había resultado.

Ela Stein, hija de ucraniano como Pedro, había sobrellevado de manera estoica lo que le deparó el destino, logrando que todo en Los Lapachos continuase como su esposo lo había soñado. Rafael había sido su baluarte para tomar cada decisión mientras Amparo recorría el mundo con su arte y, aunque él también estaba quebrado por la ausencia de Benicio, con doña Ela recibían cada amanecer junto a los yerbateros para agradecer a Dios por una nueva jornada. Es que vivir en Los Lapachos era vivir en medio de un verde que abrazaba hasta las fibras más íntimas y encandilaba con su fulgor. Vivir en Los Lapachos era convivir con los atardeceres más rojizos de la Tierra, con el aroma de la hoja de la yerba perfumando el aire...



–Ellos nos cuidan, Rafael. Jamás tuvimos miedo, a pesar de los momentos difíciles. ¿Recuerdas cuando se incendió el secadero? ¿Recuerdas cómo mi padre salió adelante? –dijo Amparo con orgullo.

–¡Cómo olvidarlo! Pedro renacía de cada desgracia como el ave fénix. Creo que tu abuela Janica tuvo mucho que ver porque una vez él me contó, ya no recuerdo en qué circunstancia, que su madre siempre le decía: «*No tengas miedo, Pedro. No tengas miedo*», y yo no lo olvidé jamás, Amparo, y es lo que pienso transmitirle a nuestra *gurisa*<sup>3</sup>.

–¿Cómo sabes que será una niña?! –preguntó con curiosidad y sorpresa, Amparo.

–No lo sé, quizá sean las ganas de ver reflejada en su carita tu belleza pero también, si nace un gurí, ¡será un guaraní valiente como su padre!

Amparo no pudo evitar reírse por la ocurrencia de Rafael.

–Niño o niña –sentenció Kuarahy–, será la razón de nuestras vidas y yo, el hombre más feliz del planeta.

–Será «Pedro», si es varón. Se lo prometimos al cielo –dijo Amparo con sus ojos empañados.

–Y si es niña –agregó Kuarahy– llevará un nombre guaraní. ¿Qué opinas?

–Que me explota el corazón de felicidad al ver tu rostro cuando hablas del hijo que viene en camino.

–Será Arami, entonces –dijo Rafael, con vehemencia–. Su nombre será Arami, que significa «pedazo de cielo». –De pronto, Kuarahy salió de su emoción y de inmediato se levantó y extendió la manta que tenía en sus manos–: ¡Vamos,

3 Gurí es un término que se utiliza en el litoral argentino (especialmente las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones). La palabra proviene del guaraní Ngirí y significa “niño o muchacho”.

mi guaina! Entremos; no quiero que tomes frío –dijo, mientras cubría la espalda de Amparo con la manta de antaño que había tejido con tanto amor, la abuela Janica—. Debemos descansar, nos espera un día intenso.

El silencio se adueñó de la noche, lo que ya no sucedería en los días siguientes porque en el secadero también se comenzaría a trabajar durante las horas nocturnas y el ruido de las máquinas formaría parte del paisaje. No había descanso para los yerbateros en algunas épocas del año y junio era una de ellas, pero ese cansancio significaba la alegría de la cosecha, de la elaboración de la yerba lista para el mate como símbolo de la unidad por la que había bregado Pedro Vennik toda su vida.

Rafael y Amparo miraron hacia el oscuro horizonte antes de entrar en la casa, hacia donde los yerbales dormían y donde más allá, la selva acunaba todos los verdes. Bajo el quicio de la puerta, Rafael miró con profundidad a Amparo:

–Este hijo vendrá a sanar todas las heridas, todas las penas...

–Claro, mi Kuarahy... este hijo vendrá a curar las ausencias. Sí, tienes razón: vendrá a sanar.